

José Marzo

# Viento en los oídos

*(una fábula histórica)*

ACVF EDITORIAL  
MADRID

*Diseño de la colección:*  
*La Vieja Factoría*  
*Ilustración de cubierta: David Vela*

*Lectura de original: Lola Coya*  
*Lectura de prepublicación:*  
*Miguel Baquero, Ana Doblado y Lourdes González.*

*Primera edición: octubre 2007*

© José Marzo, 2007  
© ACVF EDITORIAL, 2007  
[www.acvf.es](http://www.acvf.es)

ISBN: 978-84-935265-6-6

Impresión bajo demanda

*Para Ángela Martín y José Manuel  
Ramírez, mis padres.*

*Para mis abuelos Luisa, Ángel,  
Victoriana y Pablo.*

*Su voz y su memoria  
sembraron esta fábula.*



Años antes de que yo naciera, mi tío Isidro fue llamado a filas para defender a tiros las últimas posesiones del imperio.

Decenas de miles de hijos del emperador fueron reclutados en las vastas tierras del interior y enviados a las lejanas colonias de ultramar. Los pastores dijeron adiós a sus montañas y a sus perros, los campesinos abandonaron el arado y los bueyes, los golfillos se despidieron de las billeteras y las comisarías. «Restaurar el honor mancillado de nuestro pueblo». «Proteger los logros de la civilización». Desde la gloriosa época de la conquista, ninguna generación gozó como ellos de la oportunidad de dar su sangre por causas tan elevadas.

Después de un viaje en vagones de tren que duró días y de un viaje en bodegas de barco que duró semanas, arribaron a un luminoso puerto del trópico. Los edificios blancos resplandecían al sol. En la bocana, flanqueada por dos garitas vigía, se enseñoreaban los trapos coloreados de nuestra patria. Por entre las almenas de las murallas asomaban los cañones de bronce bruñido. Posados en ellos, unos pajarones desgarrados

y jibosos, de plumas verdes y pico negro, escrutaban la espuma de las olas y emitían un incesante «ñac-ñac».

Los reclutas formaron en la plaza y se les ordenó que dejaran la ropa en las losas. Les lavaron el vómito del barco a baldazo limpio, con un agua de mar tan salada y tan caliente que desinfectaba las heridas y reblandecía los callos de los pies. Les cortaron el pelo al cero y los médicos comprobaron que todos tenían la dentadura completa y dos testículos, y cinco dedos en cada mano y en cada pie. Así, tal como vinieron al mundo, entraban ahora en el Mundo Nuevo. Y para que fueran por completo unos hombres nuevos, les entregaron una gorra de plato, una blusa y un pantalón, un cinto de caña trenzada, un par de botas, una pastilla de jabón y diez céntimos para tabaco.

Lo cierto es que, a la hora de la verdad, mi tío Isidro no pegó un solo tiro en ultramar. Fuera porque a él le bastaba con una zancada donde los demás necesitaban marcar dos pasos, fuera porque no había gorra que encajase en su cabeza ni botas que lo hicieran en su pies, le eximieron de la instrucción y le destinaron a una expuesta posición de la costa. Se encontraba el promontorio a toda una mañana de camino en chanclas por una senda acosada por una vegetación feraz que impedía ver el cielo, con flores hermosas y de olor nauseabundo en cuyos cálices libaban insectos del tamaño de un puño. Desde la altura rocosa se dominaba el paso navegable de dos leguas de ancho hasta un islote chato, y a sus pies dormía una cala de aguas de cristal. Lo dejaron solo, con un fusil en los brazos y dos balas en el cargador. Una para avisar a sus amigos, la otra para amedrentar a sus enemigos. Pasó la primera tarde con la vista fija en la línea breve del islote. La primera noche se embo-

rrachó con el fulgor de las estrellas y la fragancia del mar. Por la mañana, el sol tiñó las aguas de amarillo y caldeó la arena de la playa, y al mediodía, aún no había llegado el relevo. Pasaron otra tarde, otra noche, otra mañana y de nuevo otra tarde, y a la tercera noche mi tío se dejó vencer por el sueño. Lo despertó un estruendo lejano. Aún estaban las estrellas altas en el firmamento, y muy lejos, tras un cabo, asomaba el resplandor de un incendio. Los días siguientes, la marea fue depositando en la cala restos de soldados. Pero a saber si se trataba de amigos o de enemigos, porque primero los ñac-ñac, que se lanzaban en picado sobre las aguas, y después los pececillos, que asaeteaban desde abajo, apuraban y rebañaban los huesos hasta dejarlos blanquísimos.

Perdió mi tío la cuenta de los días. Se le sombreó la barba y se le hundió el estómago, pues había en la playa melones de corteza dura, pero no sabía cómo abrirlos, y algunos peces se le ofrecían coleando hasta la misma orilla, pero no sabía cómo pescarlos. Y hacía tanto calor y estaba tan solo que fue olvidando su propio nombre. Aunque a veces, cuando miraba hacia el mar, tenía recuerdos de una llanura de cereales, de una ciudad de torres de piedra y un huerto con lechugas, sandías y una fila de olmos.

Apenas si habían transcurrido tres meses desde la mañana en que las calles recién lavadas de Titulcia, mi ciudad, «Titulcia la alta, la milenaria», despertaron con la noticia que, desde la capital, hablaba de la nueva guerra. Los pocos que sabían leer se congregaban ante los cartelones adosados a los muros, y los que no, formaban corros alrededor de los vendedores de periódicos, que cantaban los titulares con voz de castrato. «¡Estalló la guerra!» «El vil enemigo reta a nuestra pa-

tria». «Reunión urgente del gabinete ministerial». «Los reservistas serán llamados». «¡Los yanquis no nos vencerán!» Todos paladeaban la inminente contienda, que sabía a acero y a vapor. Los balcones se llenaron con las sonrisas de las muchachas, excitadas por la naftalina de los armarios y por los uniformes planchados, y hasta los caballos mansos de las calesas, que volvían a sentir en sus venas la sangre hirviente de sus ancestros, relinchaban con más vigor y batían alegres los adoquines con sus cascos herrados.

Era entonces mi tío Isidro un mocetón fibroso y alto. Aunque la nuez se le marcaba bajo la barbilla y sólo se afeitaba antes de ir al baile la noche de los sábados, ya tenía unas espaldas anchas. Sus hombros tensaban la camisa al descargar los cestos con tomates, cebollas y melones del carro con el que, los días de mercado, acudía desde las huertas de la pedanía hasta el pórtico de la catedral. Era persona de pocas palabras y no gustaba de vocear como los demás hortelanos, pero las criadas veteranas y sus pupilas jóvenes, que conocían el picor de sus ajos y la dulzura de sus lechugas, transmitían sus virtudes de cocina en cocina, y a primera hora de la mañana su mercancía ya se había agotado. «¡Ay, Isidro, que se te nos llevan a la guerra!» suspiraban. Mi tío, ocioso, recorría luego la ciudad con las manos en los bolsillos y la gorra calada y se quedaba de pie ante las mesas de los cafés, estudiando cómo unos viejos resolvían la partida de dominó. En otras ocasiones, se colaba furtivamente por la puerta de servicio en las cocinas de sus clientas y las ayudaba a entibiar la soledad. Les demostraba cómo pelar de una pieza los tomates cocidos y les enseñaba a lavarse las manos de modo que el contacto del ajo no dejara en ellas su olor, frotando



los dedos con sal y luego colocándolos bajo un chorro de agua fría. Estos amores de pobres, ilegítimos según las letras del obispo, estaban bendecidos por el sentido común, pues era sabido que más valía que los obreros anduvieran entre bragas y sábanas limpias que por la orilla sucia del río, esas callejuelas angostas y esos cuartos desconchados de la antigua judería. Y para una criada soltera, ¿no era más digno y placentero el trato con un hortelano robusto que con el pálido y babeante primogénito de sus señores? Decía la señá Clara, con un conocimiento que debía tanto a la inteligencia como a la memoria, que si bien el amor es el rey, y reina sin ley, todas las aves vuelan con sus pares, lo cual quiere decir que cada cual debe emparejarse con los de su clase. La señá Clara, a quien en la pedanía llamaban la Señá sin más, no era su madre. Pero ella le había dado de mamar una leche tan cremosa que a los cinco años Isidro se peleaba con chiquillos que le doblaban la edad, y con ocho ya subía baldes de agua del pozo, agarrando la cuerda con las dos manos y haciendo palanca con ambas piernas en el brocal, tirando con todo el peso vivo de su esqueleto menudo. Ella lo sostuvo en el aire tras el parto y él extendió hacia su cara una manita casi traslúcida. Más tarde, en sus faldas de mujer joven buscaría refugio cuando la chiquillería, para apartarlo de sus juegos, le recordaba que su verdadera madre murió al parirlo. Callaba entonces la señá Clara y lo dejaba llorar, porque el lugar común repetía que un hijo sin madre es como un río sin cauce, que se desborda a menudo, pero ella no estaba de acuerdo con tal sabiduría de vecinas. Sentía la cabecita en el regazo y el cálido aliento en el muslo a través del lino, y rozaba apenas el vello de su nuca con los dedos, pues los huecos del sentimiento no

se cubren con efusiones, sino con cariño templado y constante.

Cuando estalló la guerra, no era la señá Clara la anciana encorvada que tantos años después habría de abandonar su butacón para encabezar la manifestación de mujeres. Atravesaría la ciudad y, a las puertas del presidio, exigiría la liberación de unos presos que no eran ni sus hijos ni sus nietos, pero a los que había visto crecer y había querido y regañado. Ni siquiera era tan mayor como sus ropas de luto y su sobrenombre declaraban. Y cada noche, descalza y en camisón en la soledad de la alcoba, sentada frente al espejo del tocador, retiraba los alfileres del moño y sobre sus hombros de mármol blanco se desparramaba una cabellera negra y brillante. Quién hubiera sido hombre en aquella época para merecer sus labios, el fruto nocturno que su semblante severo escondía. Y qué desgraciado el que, teniéndolos cerca, no los alcanzaba. El mismo padre de Isidro bebía aguardiente a deshoras desde la muerte de su esposa, y no tanto por la mujer que había perdido como por la que nunca lograría del todo. Las noches muy frías, Clara le dejaba entrar en su alcoba, donde también dormía el niño, y le cedía un lado de su propia cama, de modo que le llegara el calor pero no pudiera tocar las brasas. Al amanecer, Clara lo arrojaba de la cama y, antes de darle el pan, el tocino y un trago, y de recordarle el camino de la huerta, le señalaba la cuna, para que tuviera presente que, si no era marido, siempre sería padre. De este modo, entre sudor y alcohol, transcurrieron los días del hombre, hasta que su hijo Isidro fue alto para alcanzar la crin de la mula y tuvo el brazo fuerte para empuñar el azadón. Desde entonces, Clara lo dejó dormir hasta el mediodía, pero puso un candado en la bodega y una cerradura en

su alcoba. Él supo que en adelante tendría que buscar aguardiente y amor donde los vendieran baratos, lejos, en los suburbios de otra ciudad. Pasó el resto de sus días en una urbe extranjera, donde saboreó la melancolía y habló en sueños cuanto quiso sin que lo entendieran, al tiempo que su sombra y su nombre se disipaban poco a poco en el olvido.

Se decía que era desmesurado el afecto que la señá Clara sentía por Isidro, porque no era posible que una mujer sintiera tal querencia por un niño que no había parido. A veces, ella misma se sorprendía mirándolo embelesada desde la puerta mientras él se encaminaba a los campos con el azadón al hombro. Algunas mañanas le llevaba un pedazo de queso hasta la cabecera de la canal. Si lo encontraba reposando a la sombra de un olmo con los ojos cerrados y un tallo tierno en la boca, Clara se descalzaba, se acercaba a él pisando levemente la hierba fresca y se inclinaba hasta casi rozarle la frente con los labios. Estaba Isidro tan acostumbrado a la ternura adusta de la Señá que nunca sospechó la existencia de la ternura traviesa de Clara. Ella también se acostumbró a escindir sus gestos de sus emociones, lo aparente de lo íntimo. Conforme Isidro crecía, los movimientos de Clara se volvieron aún más contenidos y su imaginación más alegre, y por no querer demostrar demasiado cariño, éste aumentó hasta que a ella misma le pareció excesivo.

Por eso no acudió a despedirle a la ciudad el día de la partida. Isidro sólo sería uno más entre los nuevos reclutas. Ya no le pertenecería a ella, sino a los demás, al ejército, al imperio. Habría banderolas y música patriótica. La multitud se congregaría entre la plaza Mayor y la estación ferroviaria al paso de la banda, los oficiales y la

soldadesca. Habría niños encaramados a la lanza flaca de don Quijote y a la testuz del rucio de Sancho Panza, que supo lo que era gobernar una ínsula y perderla, y que miraría el estandarte con socarronería. Y habría madres y hermanas junto a las vías, para correr con torpeza unos pasos por la grava y agitar sus pañuelos húmedos, ennegrecidos por la carbonilla de la locomotora. En el mapamundi que obtuvo de regalo en el fondo de una lata de galletas, Clara había intentado ubicar el destino de los ejércitos. Sabía que el tren debía adentrarse en la llanura y, horas después, al anochecer, dejar a un lado las siluetas de la capital, y que sólo después de tres largas jornadas alcanzaría el puerto. Entre el reino y el borrón verde de la colonia había un océano, esa mancha de espuma de apenas una mano de anchura decorada con un pez azul de lomo plateado. Pero los mapas falseaban la realidad. Allí no cabían las muchas noches que Isidro, que ni siquiera sabía nadar, pasaría bajo la cubierta del barco, entre los ronquidos, las toses, el tufo y las conversaciones soterradas de sus compañeros. Tampoco cabían el odio desatado en los combates, ni la amistad de las trincheras, ni la esperanza de la paz. En ningún mapa se hubiera podido dibujar el temor que a ella, Clara, la mordía. Si acaso Isidro no regresaba, prefería recordarlo en el salón de la vieja casa, vistiéndose de pie junto a la mesa de encina, el rostro bañado por el fresco de una mañana como tantas otras mañanas.

—Cuando te den el uniforme, guarda tu ropa, te puede hacer falta —le recomendó mientras le ayudaba a abotonarse la camisa blanca.

—Sí, tía, la guardaré —afirmó Isidro con una sumisión que sólo dispensaba a la señá Clara.

—No juegues ni bebas. En la guerra con más motivo.

—No jugaré ni beberé. Aprenderé a escribir. Muchos lo hacen en el ejército. Le enviaré una carta.

«No arriesgues la vida sin necesidad —pensó Clara con el corazón paralizado—, vuelve entero».

—Ten presente que vas a luchar por tu ley y por tu rey —dijo la señá Clara, y antes de darse la vuelta para abrazarse a sí misma y ocultar el agua de sus ojos, añadió—: Ahora vete, y recuerda el camino de vuelta a casa.

Desde la ventanilla del tren, Isidro se despidió de las siete torres de Titulcia, resplandecientes a la luz del mediodía: la catedral, la cárcel de gobernación, el ayuntamiento, el monasterio, el palacete del conde, el alminar de la posada municipal. La séptima era la del homenaje del viejo castillo en ruinas que, a cierta distancia de la ciudad, se hallaba aupado en un monte de granito, rodeado por una maraña impenetrable de zarzas y horadado por el laberinto de cuevas excavado siglos atrás por los templarios. Aún resonaban los cascots de la montura de un monje caballero que, por rehuir el encuentro con unos moros, se escondió en las cuevas y desde entonces vagaba en busca de la salida, siempre persiguiendo la claridad que lo conducía a una nueva encrucijada. La ciudad había crecido de espaldas al viejo castillo. Sus barrios de casas apretadas y blancas, sus altivos y nobles edificios de piedra, las chimeneas de ladrillo de sus fábricas, sus jardines y sus paseos flanqueados de acacias y plátanos, se extendían por el valle a ambas orillas de un río de aguas encajonadas y agitadas que sólo al acercarse a la ciudad reposaban sobre un lecho de arena y se volvían verdes. En tiempos remotos, antes de que se inventaran el hierro y el latín, por el vado de Titulcia trashumaba el ganado nómada, que en verano correteaba por los pastos húmedos del norte y en invierno se refu-

giaba en las dehesas cálidas del sur. Los toros y las vacas pastaban en las riberas y se lamían las pezuñas a la sombra, bajo la mirada de un verraco de piedra que vigilaba el paso con las patas delanteras hundidas en el lodo.

Mientras el tren se alejaba y la silueta picuda del castillo se difuminaba atrás, en la distancia, mi tío recordó aquel otoño de su infancia en que un erudito rechoncho, con pantalones bombachos, pipa y monóculo, llegó de la capital para establecerse en la ciudad. Don Silvestre estaba provisto de una brújula, un péndulo y una piqueta con la que de vez en cuando, en el curso de sus paseos, arañaba el suelo en busca de piedras y monedas. También tenía telémetro y altímetro, y con ellos y mucha paciencia fue confeccionando un mapa lleno de curvas y complicados signos que nadie sabía qué utilidad podían tener. Don Silvestre olía al polvo de los libros en un radio de tres metros, y sabía tantas cosas y era tan discreto que a menudo, para no humillar a los demás con las luces de su conocimiento, prefería no hablar. Frecuentaba con agrado el vino de las tabernas populares, pero al entrar se sonrojaba y, para disimular su incomodidad, extremaba su desenvoltura y saludaba con una resuelta inclinación de la cabeza y un gruñido hosco. Desde el alba ya andaba don Silvestre escrutando las distancias y tomando apuntes. Seguirle la pista «al del monóculo» se convirtió en una alternativa cuando los niños se cansaban del «Antón Pirulero, cada cual aprenda su juego». A Isidro le gustaba seguirlo a cierto número de pasos, con tanto sigilo que, durante muchas semanas, don Silvestre no sospechó nada. No muy lejos de donde se encontrase el erudito, tarde o temprano acababan por asomarse, tras una roca, los ojos de Isidro. Don Silvestre exploró la ribera del río y dibujó a lápiz en su cuaderno el verraco

partido en dos que rumiaba su sueño de siglos entre unos arbustos. Calculó la distancia entre el cauce y el viejo molino seco, con sus cangilones varados en la arena. Y en la antigua vaquería de Materno, en cuyas piletas llenas de cieno los niños criaban ranas en verano, pasó varias jornadas desescombrando de sol a sol, arrancando con su piqueta pedazos de tierra, llevando al río cubos de cieno y hierbas podridas y trayendo cubos con agua.

Tras largos días de trabajo, una tarde Isidro escuchó:  
–Ven, acércate.

Se escondió detrás de un tronco y contuvo la respiración.

–Tú, muchacho. Esto te interesará.

Isidro se asomó despacio. Don Silvestre, que le mostraba la espalda, se hallaba en cuclillas junto a una de las piletas. En su superficie espejeaba el sol.

–No tengas miedo y acércate –le repitió mirándole por encima del hombro.

Isidro salió de su escondite y se le fue acercando por la espalda, a pasos cortos. En la pileta ya no había ranas ni cieno. Era amplia, lo suficiente para albergar media docena de vacas tumbadas, y estaba llena de agua clara. Pero lo que le sorprendió a Isidro fue la mujer del fondo. Su cabeza estaba coronada de flores, los ojos eran de un negro profundo, y la larga cabellera roja se enredaba en su cuerpo, abrazando su vientre desnudo y sus muslos. Isidro, que nunca había visto una mujer desnuda, cerró los ojos, más que para no ver, para guardar la visión en su retina. Don Silvestre se colocó junto a él y le puso una mano amistosa en el hombro.

–Es una náyade, una ninfa del agua –dijo.

Le explicó que el mosaico se compuso para consagrar el manantial cercano del que se abastecían las termas.

Había una inscripción latina, que le tradujo: «Quien se bañe en estas aguas enfermará de locura». Qué extraña práctica, consagrar el lugar y luego disuadir a los visitantes. El propietario del baño debió de ser un personaje importante. Recordó que el propio emperador Nerón padeció de parálisis por desafiar la prohibición de una náyade protectora de un acueducto.

—Pero sólo hay una manera de salir de dudas...

Dicho esto, don Silvestre se desprendió de la blusa y las botas y se metió en calzones en el agua, que le cubría hasta la barriga.

Desde entonces, Isidro acompañó a don Silvestre en todas sus exploraciones, cargando penosamente con un instrumento de medición y un trípode que lo superaba en altura. En otras ocasiones lo seguía un burro con alforjas. Regresaban al atardecer con un cargamento de viejas monedas y adornos de cobre, fragmentos de cerámica y teselas. Encontraron, además de las ruinas de las termas, otras que parecían ser de una rica mansión y las de un templo levantado sobre un podio, y trazas de un sector de la antigua villa romana.

—¡Ni Pompeya ni Alejandría, ni siquiera Troya respondería con tanta prodigalidad a la piqueta de sus amantes científicos! —exclamó don Silvestre tras desenterrar una mano de piedra. Luego besó los dedos terrosos y, exultante, alzó el miembro por encima de su cabeza, antes de agacharse de nuevo para entregarse a la búsqueda del resto del cuerpo.

Isidro no entendió sus palabras, pero se preguntó si no sería ya un síntoma avanzado de esa locura de la que les había advertido la hermosa náyade. Durante el día el erudito agujereaba los alrededores del vado como un topo, hincando a veces la pala donde ya ha-



bía cavado la semana anterior. Por la noche, exhausto, recibía en el salón de su casa a los que, informados de sus hallazgos y sus progresos, venían a contribuir desinteresadamente a su empresa. Le traían teselas, brazaletes, monedas de cobre y pedazos de cerámica barnizada que, jugando de niños o paseando de adultos, habían ido encontrando sin pretenderlo. Desde tiempos sin memoria, los paisanos habían decorado los salones con cerámica romana y revestido sus cocinas con teselas de colores. También se habían jugado a los naipes unas deslucidas monedas carentes de valor acuñadas con perfiles de hombres de narices prominentes.

Comenzaba a sospechar don Silvestre que para la tarea de inventariar el pasado de Titulcia no bastaba la vida de un hombre. Ni siquiera cien vidas de cien hombres, pues él apenas si había entrevistado los restos legados por los iberos y los romanos y aún debía asomarse a las huellas de los godos, los árabes, los judíos, los arrianos, los católicos, los masones, los gitanos e incluso los heterodoxos, que también fueron muy abundantes por estas tierras. Así es como, desde el más encendido entusiasmo, se desplomó en una abulia que lo mantenía en cama la mayor parte del día. Apenas si comía y su figura gruesa fue perdiendo peso y escurriéndose. A veces se le veía en la taberna sentado sombrío con los codos en la mesa, absorto en su copa de vino. Mientras tanto, la ninfa iba cubriéndose de una renovada pátina de lodo y parecía sonreír.

Duró poco su decaimiento. Vino a ponerle fin el manto de Calatrava, cuya existencia alguien deslizó en su oído. Se trataba de una reliquia de la orden de caballería. En sueños, don Silvestre la imaginaba de terciopelo raso con engarces de esmeraldas y rubíes y con el

escudo templario y la cruz de Calatrava bordados en oro. Los libros se referían a él con vaguedad, pero exaltaban su belleza. Era preciso dejar a un lado los métodos de investigación de campo y abrazar la disciplina del paciente estudio filológico. Las pistas le conducían unas veces a la biblioteca del ayuntamiento y otras a las dependencias del palacete del conde. Al obispo, en audiencia personal, le solicitó permiso para desmontar el retablo del altar. Sus lecturas le habían llevado a la conclusión de que el manto había sido escondido tras las ricas maderas talladas, en concreto en una hornacina que se hallaba justo detrás de una figura del arcángel san Gabriel, y que reposaba plegado en el fondo falso de un cofre finamente labrado con representaciones de los santos lugares de Jerusalén.

Un pastor puso fin a tales desvaríos. Mientras descansaba unos días en Titulcia de la fatiga de tantas semanas recorriendo la real cañada con su rebaño, tuvo noticia de las angustias del científico. En la taberna, se acercó a don Silvestre, que se encontraba reconcentrado con el monóculo en las letras de un grueso tocho. Se quitó la boina respetuosamente, y sujetándola con ambas manos delante del pecho, le dijo:

—Yo le enseñaré el manto.

Se dejó conducir por él, aunque don Silvestre dudaba de que un sencillo pastor pudiera mostrarle el paradero de un manto que ni los más sesudos libros desvelaban. El pastor, el científico y mi tío Isidro salieron de la taberna y atravesaron la plaza Mayor. Recorrieron la avenida Grande y la judería. Siempre en fila de a uno, primero el pastor, luego don Silvestre y por último Isidro, cruzaron el río por el puente romano y pronto dejaron atrás la ciudad. Después de un cuarto de hora de camino

llegaron a las faldas del monte, en cuya cumbre se columpiaban los muros verticales del castillo. El pastor se abrió paso entre la maleza a golpes de cayado y echó a andar por una estrecha vereda que zigzagueaba entre roquedales y arbustos retorcidos. Y ascendieron. Ascendieron hasta el pie del castillo y, por una grieta en los muros, entraron en el patio de armas. Y luego treparon los trescientos escalones de la torre del homenaje. Arriba la luz hirió sus ojos y soplaba un viento tenue pero constante. Apoyándose en una almena, el pastor extendió el brazo hacia el horizonte: al frente, a la izquierda, a la derecha, detrás, todo alrededor. Un cuervo negro levantó el vuelo y descendió hacia los campos pausadamente.

—Ahí tiene el manto.

Recordaba mi tío, adormecido por el traqueteo del tren, que don Silvestre, al mirar por encima de las almenas, vio por primera vez el manto. El erudito recorrió el breve perímetro de la torre, mirando hacia los cuatro puntos cardinales, girando despacio sobre sí mismo. Allí estaba el manto de Calatrava, a sus pies, desplegado hasta donde alcanzaba la vista. Parecía extenderse más allá de la línea del horizonte. Un manto de retales verdes, amarillos y ocres formado por las huertas y los sembrados tiernos, los campos de trigo y de cebada, las tierras en barbecho. Un manto tejido por decenas de generaciones de campesinos y propiedad de quien hacía el simple esfuerzo de ascender hasta la torre del castillo para mirar el mundo con ojos nuevos.